

**FUMANDO MAÑAS**

**CONSTRUCCIÓN DEL SENTIDO DE LA REALIDAD  
SOCIAL EN UN CONTEXTO DE ILEGALIDAD**

**CÉSAR AUGUSTO TAPIAS HERNÁNDEZ**

Con prefacio de  
Philippe Bourgois



COLECCIÓN TEXTOS  
DE CIENCIAS HUMANAS



COLECCIÓN TEXTOS DE CIENCIAS HUMANAS

© 2010 Editorial Universidad del Rosario  
© 2010 Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario  
Escuela de Ciencias Humanas  
© 2010 César Augusto Tapias Hernández  
© 2010 Philippe Bourgois, por el prefacio

ISBN: 978-958-738-078-1

Primera edición: Bogotá, D.C., mayo de 2010  
Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario  
Corrección de estilo: Gabriela de la Parra  
Diagramación: Ángel David Reyes Durán  
Diseño de cubierta: Lucelly Anaconas  
Impresión: Javegraf  
Editorial Universidad del Rosario  
Carrera 7 Nro. 13-41, of. 501 Tel: 2970200 Ext. 7724  
Correo electrónico: editorial@urosario.edu.co

Todos los derechos reservados.  
Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito  
de la Editorial Universidad del Rosario

---

Tapias Hernández, César Augusto  
Fumando mañas. Construcción del sentido de la realidad social en un contexto  
de ilegalidad / César Augusto Tapias Hernández.—Escuela de Ciencias Humanas.  
Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2010.  
166 p. — (Colección Textos de Ciencias Humanas).

ISBN: 978-958-738-078-1

Abuso de drogas – Colombia / Drogas y jóvenes – Aspectos sociales – Colombia /  
Problemas sociales – Colombia / Drogadicción – Relatos personales – Colombia / I. Título / II. Serie.

362.29 SCDD 20

---

Impreso y hecho en Colombia  
*Printed and made in Colombia*

# Prefacio

Con esta autoetnografía de un expendio de drogas administrado por sus primos en una casa de alquiler en un barrio popular de Medellín, César Augusto Tapias Hernández lleva la antropología a nuevos senderos de reflexividad teórica, crítica social, práctica participativa y experimentación literaria. César demuestra ser un verdadero intelectual orgánico en el sentido gramsciano/posmoderno del término. Tuve la suerte de conocerlo por correo electrónico cuando estaba terminando la primera versión de esta obra, su tesis de maestría en antropología en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Por casualidad, pocos meses después de que sostuvimos nuestro primer diálogo, dos profesores involucrados en la editorial de la Universidad del Rosario me invitaron a un seminario sobre sensibilidades etnográficas interdisciplinarias en su institución. Tomé provecho del interesante seminario y del viaje a Colombia para retomar el contacto con César y preguntarle si sería posible visitar a su tía, la protagonista de este libro. De inmediato, César me invitó a su casa.

No solo me invitó, sino que vino a recogerme al aeropuerto en el carro del hijo de la Cucha, uno de los protagonistas de este libro que los lectores van a conocer como Babá, administrador de la venta de marihuana y el personaje que más critica las aspiraciones de la antropología, estimulando a César con sus críticas a escribir una sección sobre la naturaleza del “consentimiento informado” y las relaciones de poder entre sujeto e investigador. Fuimos casi de inmediato a la casa de la Cucha, quien me dio la bienvenida con un caluroso y humilde saludo. Toda la familia estaba presente y cada uno me dio la mano y la bienvenida, incluso el personaje que en mi primera lectura del texto me pareció el más problemático a raíz de la violación que perpetró contra Leysy la sobrina más vulnerable de la Cucha, apodada “la más fea”. En el trayecto del aeropuerto al barrio, precisamente le había preguntado a César sobre el modo en que la familia había reaccionado ante su crítica del fenómeno de la violación y cómo era posible que ese hombre siguiera viviendo en la casa. Él me explicó: “Vas a ver;

lo dejan como un secreto público. Lo perdonan diciendo, 'Pobrecito, ¿dónde va a vivir si lo echamos? No puede sobrevivir solo en la calle''. Me explicó que su libro y sus discusiones en torno a las relaciones de poder entre los sexos habían llevado a las mujeres de la familia a desarrollar cierta conciencia de su posición en relación con los hombres a su alrededor. Algunas de ellas incluso empezaban a exigir ciertos derechos, simbolizados, por ejemplo, por la habilidad de fumar marihuana o cigarrillos frente a sus novios.

César no me había logrado convencer de que yo sería capaz de entender la lógica de tolerancia que la familia le había dirigido al violador de la hijastra de la Cucha, y que conoceremos como el Mocho. Pocos minutos después, sin embargo, lo conocí. El Mocho es un hombre discapacitado que habla con dificultad, muy tímido, que sin embargo se muestra interesado en participar en las conversaciones familiares, cosa que hace con cortesía. Es claro que siente vergüenza porque le faltan varios dedos de las manos que no se le formaron plenamente. Recuerdo lo que me decían los médicos acerca de los "*crack baby*" a mediados de los años ochenta en el barrio puertorriqueño de Nueva York, donde yo vivía cuando el crack azotó por primera vez a los Estados Unidos. El efecto de la cocaína transmitido al feto, aseguraban, puede impedir el desarrollo de las extremidades. Pensando en la mala fortuna del Mocho antes de nacer, empecé a caer en cuenta de que la familia de la Cucha sentía lástima por él y que a raíz de ello le daba acogida a pesar de que no era miembro de la familia ni contribuía dinero al hogar. Inmersa en un contexto lleno de violencia, tanto de violencia íntima que se autoinfligen como de violencia estructural que los oprime, esta familia logra mostrar una extraordinaria generosidad. Los recursos materiales que poseen son sumamente escasos, pero aun así logran compartirlos con los más necesitados. Es difícil para el forastero entender esta "zona gris" caracterizada por la solidaridad y la traición, pero César logra analizar y transmitir con lucidez las contradicciones en la subjetividad lumpenizada y digna de sus primos, a quienes él respeta como antropólogo y ama como familiar.

César muestra cómo su familia desempeña el papel tanto de víctima como de victimaria de la "limpieza social". Hijos de madres asesinadas en nombre de la mano dura contra la delincuencia a menudo se ven a sí mismos apoyando iniciativas de limpieza social. Es difícil entender estas dinámicas, pero es urgente darles la cara como lo hace César en esta valiente etnografía personal. He realizado mis propios estudios antropológicos en Centroamérica y los Estados Unidos

y no conozco con suficiente profundidad la historia y la cultura colombianas. No obstante, en mis visitas al país, he logrado percibir que en conjunto con la brutalidad rutinizada, que ha llevado a la trágica legitimación de la limpieza social como solución para la inseguridad, existe también una gran tolerancia y empatía hacia las poblaciones vulnerables, y un reconocimiento de la humanidad de las carencias de cada individuo. El peso de la violencia, la droga y los movimientos de reivindicación política en la formación histórica de Colombia es descomunal; como me lo dijera el antropólogo francés Bastien Bosa, “profe” de la Universidad del Rosario, “cualquier cosa que se estudie aquí en Colombia, sin importar lo banal que pueda parecer a primera vista, acaba mostrándose como un gran drama político con una larga historia”. En este país, las implicaciones de lo que se documenta, se expresa y se entiende tienden a ser de vida o muerte. Ello, me parece, posibilita cierta claridad teórica crítica, o por lo menos la convierte en un interés común que se percibe como elemental. No creo que sea casualidad, por ejemplo, que la antropología colombiana haya logrado producir una etnografía tan innovadora en lo metodológico, lo teórico y lo literario como esta primera publicación de un joven estudiante formado en el sistema de educación pública.

Para finalizar, quiero agradecer a la Cucha y a su familia por la hospitalidad que me brindaron en mis visitas a su casa. Siento mucho que tengan que vivir en un estado de urgencia permanente y aprecio su valentía al compartir su vida con el mundo antropológico. Les deseo todo lo mejor.

Philippe Bourgois  
Universidad de Pensilvania  
Filadelfia, 5 de marzo de 2010  
Traducción de Fernando Montero Castrillo